



La Santa Sede

VISITA PASTORAL A TERNI

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LAS AUTORIDADES Y AL PUEBLO DE TERNI

Jueves 19 de marzo de 1981

*Señor ministro,
señor alcalde:*

1. Me siento muy feliz al encontrarme aquí hoy, solemnidad de San José, el cual —como es sabido— es Patrono de la Iglesia universal y Protector de los trabajadores; de encontrarme —digo— en esta laboriosa ciudad de Terni que, vigilada por la mole antigua de la catedral, y caracterizada por las enormes estructuras de los Altos Hornos, se distingue, además de por sus profundas tradiciones cristianas, por su vibrante actividad industrial, social y económica.

Me ha causado verdadero placer admirar, desde el helicóptero, al llegar esta mañana, el escenario amplio y atractivo de esta región de Umbría, rica en verdor y en agua; pero no olvido que es rica también y sobre todo en numerosos y grandes santos, y conocida por la genuina espontaneidad de sus habitantes, templados en el carácter por las costumbres del duro trabajo y, a la vez, dotados de sentimientos nobles, gentiles y generosos.

Doy las gracias cordialmente al señor ministro y al señor alcalde por las corteses palabras con las que ahora, al hacerse intérpretes de los sentimientos comunes de todos los ciudadanos y de cuantos han venido de los pueblos limítrofes, han querido acogerme entre esta población realmente admirable por la decidida voluntad y por la fuerza de ánimo, con las que han sabido resurgir y levantarse de nuevo de las desastrosas ruinas que causaron los repetidos bombardeos durante la segunda guerra mundial. Igualmente expreso sincera gratitud a todas las autoridades por haber querido conferir una nota solemne a este encuentro con su presencia. Dirijo un pensamiento especial a nuestros queridos hermanos y hermanas de Castelnuovo di Conza, tan

duramente probados, por el terremoto del pasado noviembre, y a quienes hoy representa aquí un grupo de trabajadores por iniciativa de esta hospitalaria y solidaria ciudad. No puedo menos de manifestar mi aprecio a todos los que han prestado su trabajo para la preparación de esta visita, con una colaboración tan espontánea y gustosa que es señal distintiva de concordia y de paz: valores éstos estimados, desde siempre, como indispensables por las personas verdaderamente solícitas del auténtico bien común y del verdadero progreso, porque, como afirmaba ya un ilustre hijo de esta tierra, el historiador Cornelio Tácito: "En las discordias es grande la fuerza del malvado, mientras que la paz y la tranquilidad requieren la virtud" (Tácito, *Historias*, IV, 1).

2. Por lo cual, deseo que esta cooperación haga madurar nuevos frutos de bien espiritual y social, y asegure a la población una prosperidad mayor: de este modo, la Iglesia podrá extenderse cada vez más con múltiples iniciativas, no sólo de culto y apostolado, sino también de obras de caridad benéfica y de solidaridad humana; y, al mismo tiempo, la ciudad desarrollará cada vez más el interés, que le es propio, en el campo del recto ordenamiento civil, social y económico, promoviendo, en particular, la dignidad del hombre y la seguridad de su trabajo, hoy más necesarias que nunca por la delicada y crítica situación en que han venido a encontrarse los sectores en los que se encuadran los principales complejos industriales metalúrgicos, metalmecánicos y químicos, y por las graves consecuencias que de ello se derivan para cuantos buscan un puesto de trabajo, sobre todo para los jóvenes que aspiran a su primer empleo. La fecunda conjunción entre los compromisos humanos y cristianos, lejos de oponerse, aporta ventajas incalculables para el bien de los individuos y de la sociedad.

3. Finalidad principal de esta visita, que se desarrolla en el día de San José y en el marco del 90 aniversario de la Encíclica *Rerum novarum*, en la que mi predecesor el Papa León XIII afrontó con claridad profética la cuestión obrera, es la de traer una palabra de estímulo a todos los trabajadores. Dentro de poco visitaré en sus respectivos puestos de trabajo a los obreros del Complejo Siderúrgico y les expresaré mi solidaridad, mi amistad y mi aprecio, ya que he compartido personalmente, durante algunos años, sus duras condiciones de vida. Deseo también escuchar su voz, que me resulta particularmente querida, y mi pensamiento se dirigirá a todos los obreros del mundo, en particular a los que trabajan en condiciones inseguras o no están adecuadamente retribuidos, con la convicción común de que la solución de muchos de sus problemas depende de la comprensión y de la solidaridad de todos los hombres de todos los países. Deseo hoy tributar honor a los trabajadores que hallan en el Artesano de Nazaret un modelo ejemplar de compromiso generoso, de lealtad a toda prueba y de responsabilidad profesional, y dar expresión a la defensa de sus legítimas aspiraciones, entre las cuales está la justa participación en el progreso económico y civil en una equitativa distribución de los beneficios que se derivan del trabajo común, y en una inteligencia armónica que debe reinar entre los hijos de una misma comunidad.

¡Que el despertar de esta conciencia infunda nueva energía a la fatigosa actividad humana, y que la Providencia no permita que falte el pan a quien bien lo ha merecido con el trabajo!

Con estos sentimientos invoco sobre todos la continua protección de Dios Omnipotente y la de vuestros celestiales Patronos, mientras, haciendo votos por toda prosperidad material y espiritual, imparto de corazón mi bendición.